

PENÍNSULA

SAFARIS HUMANOS

LA INVESTIGACIÓN SOBRE EL NEGOCIO
DE LA MUERTE EN SARAJEVO

**EZIO
GAVAZZENI**

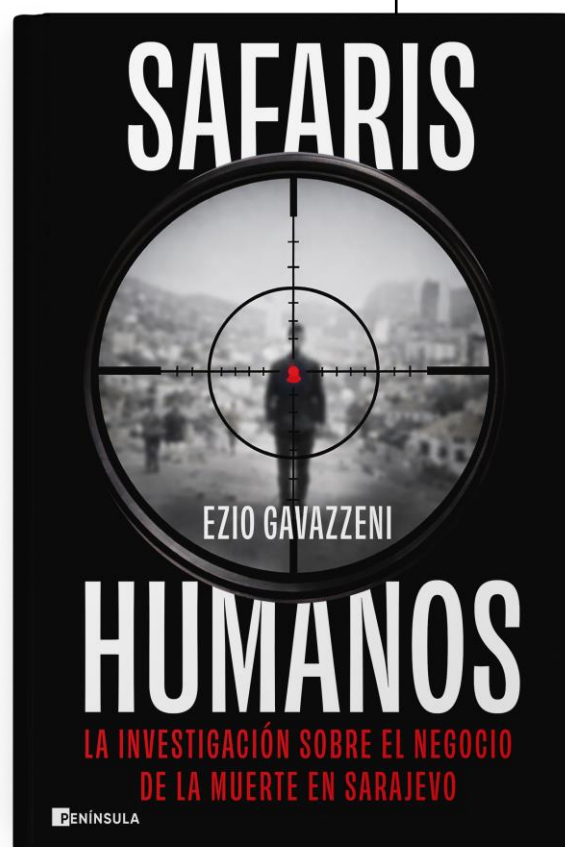
Una investigación inédita
sobre los safaris humanos
de Sarajevo, donde el
asesinato se convirtió en
un negocio turístico

A LA VENTA EL 16 DE SEPTIEMBRE

MATERIAL EMBARGADO HASTA PUBLICACIÓN

**Autor disponible para entrevistas*

Visita presencial – Barcelona 20-21 Septiembre



PARA AMPLIAR INFORMACIÓN, CONTACTAR CON:

Laura Fabregat | Responsable de Comunicación Área de Ensayo
682 69 63 61 | lfabregat@planeta.es

En los años noventa, durante el asedio de Sarajevo, adinerados extranjeros procedentes de distintos países occidentales pagaron sumas exorbitantes para acompañar durante todo un fin de semana a los francotiradores del ejército serbobosnio y disparar contra personas indefensas en la capital.

Gracias a una meticulosa labor de investigación y a testimonios inéditos de testigos y acompañantes, el periodista Ezio Gavazzeni reconstruye la organización de estos truculentos safaris y detalla las tarifas abonadas por aquellos «clientes francotiradores», para quienes los niños constituían las presas más codiciadas.

Safaris humanos es el relato detallado de esta macabra forma de turismo de guerra y un testimonio tan terrorífico como conmovedor sobre la deshumanización, la violencia y la impunidad que caracterizan las guerras.

EL AUTOR



EZIO GAVAZZENI

es un escritor y periodista milanés. Cuenta con una larga trayectoria en el mundo editorial, donde ha trabajado con importantes editoriales y agencias. Es docente de cursos de escritura y empleado de la Universidad Estatal de Milán, con once publicaciones en su haber. Ha recibido diversos premios y reconocimientos internacionales.

ALGUNOS EXTRACTOS DE LA OBRA

**Los nombres de las personas se han abreviado en forma de siglas o se han tachado. También se han tachado las informaciones que constan como omitidas en los documentos confidenciales. [...] en el momento en que la edición original de este libro está llegando a las librerías, aún se encuentra abierta la investigación de la Fiscalía de Milán, y cualquier mención directa de nombres o lugares podría interferir con ella».*

«[...] hace muchos años — aunque no demasiados —, durante un asedio de una ferocidad solo comparable a la de las campañas bélicas medievales, se produjo en Sarajevo una carnicería que no tiene parangón en la Europa posterior a la Segunda Guerra Mundial. Desde las colinas de los alrededores de la ciudad sitiada, los militares y los paramilitares serbios disparaban a los vecinos de la ciudad que se aventuraban a salir de sus casas, aunque solo fuera para buscar algo de pan y de agua: [...]. Esta infame cacería acabó cobrándose la vida de al menos diez mil civiles, entre los que se encontraban muchos menores, más de mil. [...] en aquellos fines de semana del terror, dignos de una película del cine gore estadounidense, participaron ciudadanos italianos ricos y, suponemos, respetables, que se marchaban el viernes y volvían a casa el domingo por la noche, tal vez como buenos padres de familia. Se trataba de viajes organizados, con un “paquete” completo generosamente pagado por los “clientes” y acordado en Italia, y con la intervención, según parece, de empresas de seguridad y pequeñas aerolíneas.»

«Gavazzeni empezó a excavar allí donde los demás se habían parado. Consultó documentos y buscó, con no poco esfuerzo, a quienes, en Italia y en Bosnia, podían contarle algo al respecto. [...]. En el informe de su investigación, que es también un relato que nos atrapa, aparecen personajes como Sin Nombre, el Halcón, el Francés o el Legionario, protegidos de momento mediante pseudónimos. Narran fragmentos de aquella historia a la que asistieron de diferentes formas y esos fragmentos encajan unos con otros como las piezas de un puzzle. [...] Cuando el trabajo de investigación tomó forma y la historia de los francotiradores italianos se fue esclareciendo, nos preguntamos si no era nuestro deber dirigirnos a la autoridad judicial [...] La principal pregunta que me planteó Ezio [...] es si era posible impulsar una investigación a pesar de que ya hubieran transcurrido tantos años y de que los delitos se hubiesen cometido físicamente en otro país. “Sí — le respondí —, lo que cometieron aquellos asesinos por diversión son homicidios voluntarios con el agravante de lo que en la legislación italiana se conoce como “motivos abyectos”... La pena que prevé el Código Penal en ese caso es la de la cadena perpetua, y, por tanto, estos delitos no prescriben.”».

BOSNIA-HERZEGOVINA: 6 DE ABRIL DE 1992-14 DE DICIEMBRE DE 1995

«30 de marzo de 1995. [...] Me detengo en el kiosco del metro de Porta Venezia. Sí, en 1995 los periódicos todavía se compran en formato papel. [...] me marchó con un ejemplar del *Corriere della Sera* bajo el brazo. En la portada, en la esquina inferior derecha, aparece un artículo que se quedará grabado en mi mente durante años. Lo firma Venanzio Postiglione. Todavía hoy trabaja en el *Corriere*. De hecho, es su subdirector. El titular de su texto es de esos que no se olvidan fácilmente: *Vacanze in Bosnia tiro all'uomo compreso* (“Vacaciones en Bosnia con cacería humana incluida”). El cintillo añade un dato: “Denuncia del Tribunal Permanente de los Pueblos: el turismo de guerra permite vivir la experiencia de ser un francotirador”».

«Los testimonios que recoge el *Corriere della Sera* son aún más precisos. Los viernes por la tarde, los denominados “turistas” toman pequeños aviones privados en Trieste o en otros lugares del norte de Italia. [...]. La organización que está detrás de todo esto se compromete a conducirlos hasta la línea del frente, [...]. Una vez sobre el terreno, todo es bastante fácil. El “cazador” puede apostarse en un lugar seguro y elevado y practicar el tiro al blanco con los civiles que se encuentran atrapados en la ciudad asediada. En un determinado momento, el artículo “da un volantazo” y pasa a otra información: en la ciudad italiana de Magenta existe un grupo de jóvenes del entorno de una parroquia que cada mes se encargan de transportar ayuda para la

población de Bosnia-Herzegovina. Todos ellos son de extrema derecha. Aparecen en una foto haciendo el saludo fascista, [...]. El artículo se adentra más en el caso de ese pequeño grupo, que resulta ser cercano a Cáritas. [...]».

«[...] el *Corriere della Sera* mezcla dos informaciones y añade la historia de los jóvenes de Magenta con su brazo extendido y su pasión por las camisas negras [...]. No creo que el Tribunal Permanente de los Pueblos se haya inventado la información que trasladó a la prensa. Y, me parece imposible que los dos periodistas y, especialmente, F. G., de ANSA, con el que me he reunido [...], se hayan inventado desde tres ciudades lejanas entre sí (Turín, Milán y Trieste) una misma historia con detalles idénticos. [...] En la portada de dos importantes periódicos italianos aparece la noticia de que el Tribunal Permanente de los Pueblos ha recogido testimonios sobre la práctica de los “francotiradores de fin de semana” (como tristemente se acabaría conociendo a estos personajes), **¿y a la Fiscalía no se le ocurre averiguar qué está pasando aquí?**».

«La segunda duda tiene que ver con el Tribunal Permanente de los Pueblos, y no es una acusación, sino simplemente una constatación. Tenían a su disposición testimonios sumamente importantes sobre hechos gravísimos, [...]. ¿Por qué no avisaron a los jueces? Si la montaña no va a Mahoma... Sea como fuere, los hechos son estos y ambas preguntas quedarán sin respuesta. ¿El resultado de estas omisiones? Durante décadas no se ha hablado de esta práctica de los tiroteos contra la población civil a cambio de dinero.»

«De ese correo electrónico, de la información que había recabado en 2022 y de la respuesta de Zupanič nació el hilo de mi investigación, que, dos años más tarde, en enero de 2025, me llevó a presentar mi denuncia ante la Fiscalía de Milán por el caso de los italianos que entre 1992 y 1995 pagaron para viajar hasta Sarajevo y disparar a civiles. El objetivo de esta denuncia es doble: por una parte, identificar con nombre y apellidos a los conocidos como “cazadores” y, por otra, describir y documentar el fenómeno de manera íntegra y exhaustiva.».

«De esta organización no se sabe nada. Jamás ha aparecido ningún dato. Nadie ha hablado de ella. Sin embargo, como demostraré en esta investigación, en aquel momento contaba con ramificaciones por toda Italia y estaba en condiciones de operar en cualquier rincón del país.»

«Incluso cuando me he dirigido a las organizaciones internacionales que estuvieron presentes en Sarajevo y, en general, en Bosnia durante la guerra civil — y puedo asegurar que he contactado con todas ellas a través de mensajes de correo electrónico certificados y con acuse de recibo— me han respondido que no saben nada y que jamás han oído hablar del fenómeno.».

«En Sarajevo, todos los habitantes lo saben, todos conocen el fenómeno de los “francotiradores de fin de semana”, en parte porque lo han sufrido en sus propias carnes, ya que se ha traducido en muertes dentro de sus familias o de su círculo de amistades. Es algo que la población ha interiorizado y que conoce bien. Por eso, es inevitable añadir una pregunta más a las dos anteriores: ¿cómo se explica que, cada vez que hablo con alguien de Sarajevo (sea un antiguo militar, un civil, un juez, un panadero, un periodista, el cónsul de Bosnia en Milán...), constate que todos ellos están al tanto de este fenómeno y lo conocen, aunque no quieran hablar de él, pero el personal de las ONG que ha trabajado en el territorio de Bosnia-Herzegovina ayudando a la población masacrada no sepa nada al respecto? [...]»

«La segunda organización se encuentra en Serbia y se ocupa de custodiar a los grupos una vez que salen de Italia. Algunos testigos aseguran que los cazadores aterrizan en Belgrado y que desde allí se distribuyen a las diferentes zonas de guerra en Bosnia-Herzegovina. Los más ricos, en helicóptero; los menos pudientes — o más deseosos de vivir emociones “sobre el terreno”, en autobuses o todoterrenos. Una vez llegados al lugar en cuestión, los recibe alguien que los

“cuida” hasta su regreso. Es probable que las etapas del “tour” se sucedieran del siguiente modo: el viernes por la tarde, salida en coche o microbús desde el punto de origen en Italia hacia el aeropuerto, que, según descubrí, era el de Trieste (aunque también hay una pista que apunta a que otro de los lugares de partida era el aeropuerto de Parma); llegada a Belgrado y posterior traslado a la zona de guerra esa misma noche; el sábado, dedicado al tiro al blanco viviente; el domingo, regreso a Belgrado y, después, a casa para cenar en familia. Tal vez incluso llegaran a tiempo para ir a la última misa del día. Los “francotiradores de fin de semana”, eso eran. ».

«Nadie dispara a otra persona ni la liquida sin darse a sí mismo alguna justificación. Al menos, eso es lo que me digo [...]. **Sin embargo, [...] Las motivaciones religiosas o de otro tipo son elementos que no desempeñan ningún papel en esta historia. Lo que he encontrado a lo largo de este viaje no tiene una definición ligada a la esfera del “mal”. Para quien participa en esto, se trata de un juego. Una emocionante ruleta rusa. De hecho, podemos calificarlo de “entretenimiento”. No se me ocurre una palabra mejor para definirlo. Para los acompañantes y los organizadores, por su parte, esto es una gigantesca máquina de hacer dinero que se pone en marcha automáticamente una y otra vez. Parece una explicación ridícula, pero es así. La “banalidad del mal” de Hannah Arendt se supera en este caso con creces.**».

SARAJEVO SAFARI

«El documental *Sarajevo Safari*,¹ del director esloveno Miran Zupanič, se estrenó en la edición del festival de cine Al Jazeera Balkans Documentary Film Festival, [...]. Su director trató de arrojar luz sobre unos actos que, sin escrúpulo alguno, se cometieron durante el sitio de Sarajevo, [...]. Uno de los testigos clave en el documental, [...] el “Hombre Escondido”, [...] hay otro testigo importante: Edin Subašić, un antiguo oficial de los servicios de inteligencia militar de Bosnia que habló ante las cámaras del testimonio de un soldado serbio al que habían capturado y que les aseguró haber visto con sus propios ojos el traslado de uno de los “cazadores”. [...] ».

«[...] Los otros dos protagonistas del documental son las víctimas. [...] una pareja que perdió a su hija Irina, de un año. Se trata de Samir y Stana Čišić. Un francotirador alcanzó a la pequeña, pero no a sus padres ni a sus amigos, que estaban a su lado, en plena calle. La madre relata lo siguiente: “En octubre de 1993 Irina había cumplido un año. Improvisamos para organizar, de la nada, una pequeña fiesta. Mi madre, es decir, su abuela, preparó una tarta sin huevos, glaseado sin mantequilla... pero fue una bonita reunión familiar.”. “Nos habíamos esforzado para celebrar el primer cumpleaños de Irina. Alguien llegó con una cámara fotográfica y un carrito. Esas son las únicas fotos que tengo. [...] Cuatro días después salimos a dar un corto paseo. Hacía un día bonito, tranquilo, sin disparos. [...] Irina ya sabía andar. La dejé caminar un momento cuando, de la nada, apareció el proyectil de un francotirador. La bala no me alcanzó a mí, no alcanzó a ninguno de los adultos presentes. Alcanzó a Irina, que tenía un año y cuatro días». Es como si las víctimas entrevistadas en el documental gritasen “¿por qué?”. Y es un porqué que no encuentra ningún sentido. ¿Por qué dispararon a la niña, pero no a sus padres?».

EL HOMBRE ESCONDIDO

«La contribución del testimonio del Hombre Escondido es [...] de sumo interés. Todo comienza en 1993. En los Balcanes aparece un verdadero movimiento de guerrillas, especialmente en dos antiguas repúblicas yugoslavas: Croacia y Bosnia. Este testigo cuenta que en Liubliana lo abordó un hombre para proponerle que lo acompañase a Austria. ¿Por qué no? [...]. “Desde 1992 hasta finales de 1994, aproximadamente, estuve unas treinta y cinco veces en Bosnia-Herzegovina. [...] Era conocido por mi habilidad para llegar a Sarajevo en avión, incluso en vuelos de Naciones Unidas. Dormía en Sarajevo y hacía rutas de uno o dos días por Pale o Ilidža. [...]”. Cierta día se

encontraba en Pale, donde la República Serbia de Bosnia había establecido su centro neurálgico. Fue entonces cuando descubrió los safaris humanos de Sarajevo. [...]».

«La expresión de sus rostros daba a entender que estaban “preparados” y, sobre todo, que algo importante estaba a punto de suceder. En aquel momento el Hombre Escondido pensó que se trataba de periodistas. “Debo decir que yo mismo estaba acreditado como periodista. Aunque, ahora que pienso en aquella época, me doy cuenta de que los periodistas tenían miedo. Cuando llevas a un periodista a un lugar en el que no se siente cómodo, se asusta. Sin embargo, allí se sentía la adrenalina. Más tarde até cabos. Estos estaban deseando hacer algo.”. [...]».

«El acompañante de los clientes-francotiradores hablaba con ellos en un perfecto inglés. Se tumbó a su lado. Preparó la escopeta y se la pasó al tirador. El cliente disparó. El Hombre Escondido, a pesar de llevar a sus espaldas un pasado de guerra, se quedó estupefacto al ver todo aquello. “Todo estaba preparado y él disparó. Tengo que decir sinceramente que... me quedé un poco en *shock*, a pesar de que, por mis encargos anteriores, estuviese acostumbrado a ver cosas absurdas. Pero te quedas en *shock*, de todas formas... Había pasado aquello, habían alcanzado a alguien y esa persona había caído. Cogí los prismáticos y vi que la habían alcanzado. A continuación la gente se dispersó, escapó.”[...] El Hombre Escondido informó a sus empleadores de la agencia de noticias estadounidenses de lo que había descubierto. La respuesta: “Mmm... Interesante”. Este testimonio, pues, nos indica que aquella agencia lo sabía, lo conocía, había sido informada. [...] “Las personas a las que vi no eran gente corriente, desde luego. Ocupaban puestos importantes. Y se las protegía en consecuencia”.

«Había “una madre que llevaba de la mano a su hijo. Entonces dispararon al niño, que cayó, mientras su madre se encontraba de pie, a su lado”. El Hombre Escondido confirma que eran buenos tiradores: apuntaban al tronco, pero a veces alcanzaban la cabeza, lo cual no es fácil desde esa distancia. Por lo general, los cazadores eran unos “caballeros”. Así los describe. Tal vez se refiera a que tenían buenos modales, eran educados y procedían de ambientes sociales selectos. Sus edades oscilaban entre los treinta y cinco y los cuarenta y cinco años. El acompañante les entregaba una escopeta cargada y les señalaba el objetivo. Entonces, el cliente apuntaba y disparaba. Frío. Distante. Indiferente. [...] **Este relato me deja profundamente impactado. [...] es como si hubiésemos pasado de la “banalidad del mal” a la “indiferencia del mal”.** En este caso, da la impresión de que para el tirador la muerte no existe. Todo se desarrolla como en un videojuego en el que las víctimas se encuentran al otro lado de la mira del rifle de precisión. Son dianas. Tienen un precio, como si a cada una les correspondiese una puntuación. El objetivo es la adrenalina. Poder matar de manera impune. Sentirse superior a las víctimas, que al final se convierten en meros “objetos”.».

«[...] Y añade: “Sabíamos que aquel era un nuevo peligro en el campo de batalla de Sarajevo. Desde el punto de vista bélico no era muy importante en comparación con las decenas de francotiradores regulares que había en las filas de la República Srpska. Los mercenarios extranjeros y los de los fines de semana eran solo unos cuantos hombres más, que se añadían a los que disparaban sobre la ciudad a diario. No se trataba de un cuerpo especial que pudiera invertir el equilibrio de fuerzas o trastocarlo de alguna manera, pero era digno de atención porque convertía el terreno de Sarajevo en un lugar en el que practicar un *hobby* específico”.».

«El resultado de aquella investigación fue un encuentro entre los espías italianos y el personal que estaba a las órdenes de Hajrulahović. Los bosnios pusieron sobre la mesa toda la información que habían encontrado. Se toparon con el estupor de los agentes italianos. Su respuesta puede resumirse en pocas palabras: “No sabemos nada, pero en realidad se trata de un asunto de Estado”. Se estaba trazando, pues, el perfil de una organización ilegal, orientada a obtener el máximo lucro posible, a la que ni el Estado italiano ni el ejército ni las fuerzas del orden habían identificado y de la que ni siquiera habían tenido noticia hasta entonces. Los

miembros del servicio de inteligencia bosnio proporcionaron a sus homólogos toda la documentación de la que disponían para que pusiesen en marcha la investigación. [...]».

«Durante algo más de tres meses no se volvió a hablar del safari de Sarajevo. Sin embargo, Subasić no consiguió sacarse de la cabeza aquel episodio y preguntó por él a su superior, el general Hajrulahović. Quería saber si los italianos habían respondido a sus peticiones. El general le respondió que “la oficina del SISMI de Sarajevo le había informado de que el servicio de seguridad nacional de Italia, el SISDE, había hecho algunas pesquisas y había identificado el origen de aquellas actividades, que había neutralizado el foco y que lo ocurrido no se volvería a repetir”. [...], esto último no es cierto. El tráfico de cazadores-francotiradores procedentes de Italia y de otros países occidentales no cesó en los primeros meses de 1994, como aseguró el SISMI y como el SISDE recogió en un informe, sino que continuó sin obstáculo alguno durante todo ese año y también durante 1995, con el correspondiente “circuito” monetario.».

«El documental *Sarajevo Safari* se ha emitido en las televisiones de numerosos países de lengua árabe y de los Balcanes. En algunos de ellos incluso se ha exhibido en cines [...] con mucho público en las salas. Sin embargo, ninguna televisión de Occidente ha comprado los derechos necesarios para emitirlo. Cabe preguntarse por qué. ¿Tal vez por su política comercial? ¿Por qué estaban a otra cosa? ¿Porque el tema no interesa? Mi opinión, por si sirve de algo, es que esta omisión se debe a que el testimonio de Edin Subasić involucra directamente a los servicios secretos de un país occidental. [...] Emitir un documental que denuncia que hubo personas procedentes de bastantes Estados occidentales que, por mera diversión, pagaron sumas enormes para disparar a civiles indefensos, entre ellos incluso niños, sería algo de por sí devastador, pero añadir que un servicio secreto occidental de un país miembro de la OTAN estaba al tanto de lo que sucedía supone un dato que raya incluso en lo increíble. [...] ¿A quién se quería proteger? ¿A la razón de Estado? ¿Qué razón de Estado? ».

EDIN SUBASIĆ

«[...] Michael Giffoni, el número dos de la misión diplomática especial de Italia en Sarajevo en 1994 (dos años después se convertiría en embajador), ha declarado a un medio que “estábamos constantemente en el punto de mira de los francotiradores”. Sin embargo, en ese mismo texto llega a hacer declaraciones más significativas: “Recuerdo, incluso con cierta emoción, mi llegada a Sarajevo, a finales de 1994. Enseguida me informaron: “¿Sabes? Hay safaris”. Llegaban montones de ricos de todas partes. Cazadores, pero también empresarios”. Así pues, la noticia era de sobra conocida en todo Sarajevo. Los servicios de inteligencia lo sabían, la gente era consciente de lo que estaba pasando y los militares que defendían la ciudad estaban al tanto.».

«[...]Asegura que se transmitieron puntualmente los datos sobre los italianos a la dirección de los servicios secretos en Roma. Unos meses después, desde esta ciudad se envió un mensaje a los dos funcionarios para hacerles saber que “se había estudiado aquella pista, se había identificado quién estaba detrás de la organización y el caso se daba por “cerrado”. Confirmaron que, al menos por parte de Italia, el flujo de viajeros se había parado y dieron orden de transmitir la información a los bosnios”. El relato de Giffoni coincide punto por punto con la declaración de Edin Subasić. Ambos recibieron la misma respuesta de los servicios secretos italianos: los safaris, al menos en la parte de Italia, se habían detenido.».

«E. S.: Lo que sabemos de esta operación es que se mantuvo durante bastante tiempo (tal vez desde 1993 hasta 1995), que requirió una importante logística (transporte aéreo desde Trieste, helicóptero y vehículos desde Serbia atravesando el área de los combates hasta llegar a Sarajevo), que alcanzó un nivel elevado de secretismo y que la organización fue muy buena. Por la manera en la que estaba todo montado, los servicios bosnios dedujeron que era posible que detrás de aquello estuviera el servicio de seguridad estatal serbio (el actual BIA) y que participara también el servicio serbio de inteligencia militar (KOS), con la ayuda de una serie de comandantes locales serbios que se

encontraban en la zona ocupada. [...] Lo que yo descubrí más tarde (después de rodar el largometraje) es que para organizar aquellos safaris se utilizaron las infraestructuras de Aviogenex, una antigua aerolínea serbia de vuelos chárter y turísticos que tenía una filial en Trieste. [...] En la época de los safaris de Sarajevo, Jovica Stanišić, al que posteriormente el Tribunal Penal Internacional para la Antigua Yugoslavia condenó por crímenes de guerra, desempeñaba un papel crucial en ese servicio.»

«Hay otro testigo, Toni C., al que localizo en España. Lo que cuenta no es mucho, a decir verdad, pero nos conecta también con el mundo de los safaris africanos y de los cazadores de entornos acomodados cuya vida gira en torno a esta afición cinegética, lo que vuelve a trasladarnos a un ambiente social determinado. Todo esto reafirma mi convicción: el cazador turista procede de ese tipo de mundo.

Toni C.: *Mi padre tenía un amigo millonario que en cierta ocasión fue a cazar elefantes a África. La persona que organizaba aquellos safaris — un español de Cataluña cuya identidad desconocemos— también organizaba viajes a Yugoslavia para cazar seres humanos y le ofreció la posibilidad de participar en ellos. En aquella época no debía de haber tantas personas o empresas que organizaran safaris a África. Era algo para ricos. Hablamos muchas veces de esta historia en casa porque nos dejó muy impactados. Tanto mi padre como su amigo ya han muerto. Tenemos poca o ninguna información que nos permita encontrar a aquella persona. Pero, por si le sirve de algo, le diré que mis padres siempre pensaron que era una historia real. ¿Ha comprobado usted qué aristócratas y millonarios famosos hicieron safaris en África durante aquellos meses de la guerra en Yugoslavia? Le indico algunos a continuación. [...]».*

«E. G.: *¿Cuál cree que era el objetivo de este tráfico? A mí me resulta difícil adivinar qué fin se persigue al organizar algo tan arriesgado. La primera respuesta que se me ocurre es el objetivo económico, pero para conseguir un flujo importante de dinero habría que organizar muchos viajes de este tipo. De lo contrario, se correría un riesgo enorme (el de ser descubiertos) sin obtener a cambio ganancias reales. El riesgo era el siguiente: si la cadena era demasiado larga, algún eslabón podía romperse, es decir, alguna persona, tal vez arrepentida, podía hablar. Sin embargo, nadie ha dicho jamás ni una sola palabra al respecto. [...]»*

E. S.: *¿El objetivo de toda la operación? Los cazadores/ francotiradores tienen una motivación personal, adrenalínica y emocional: sacian sus pulsiones secretas y disfrutan del poder, experimentan la satisfacción de ser los dueños de la vida de alguien. En cuanto a los organizadores del safari... su motivación es exclusivamente económica, porque pidieron enormes sumas de dinero para los safaris. Necesitaban esos recursos para la guerra en B-H y para otras operaciones. El riesgo de que saliese a la luz aquel movimiento y de que se procesase a sus autores se redujo al mínimo gracias a una buena organización. Pese a todo, los safaris se descubrieron. Sin embargo, ninguna de las personas implicadas se ha identificado ni juzgado aún. Además, todavía hoy los servicios secretos serbios presionan a los testigos para que mantengan en secreto toda la operación. Por ejemplo, mientras preparábamos el documental planificamos una entrevista con un piloto de los helicópteros que trasladaban a los «cazadores» desde Belgrado hasta B-H, pero antes de rodar aquella conversación se echó atrás porque los agentes de la BIA lo amenazaron con matar a toda su familia.».*

«[...]Uno de los francotiradores era trabajador en ██████ Entre 1992 y 1993, y también después de esa fecha, fue el responsable de la cooperación entre ██████ y la fábrica serbia de armamento y automoción Crvena Zastava. Se trata, pues, de alguien que en aquel momento viajaba a menudo a Belgrado por negocios. Sus anfitriones en Belgrado (ejecutivos y agentes de los servicios secretos) solían agasajarlo en los establecimientos de Belgrado (cenas, cocaína, mujeres...) y en los clubes. Los periodistas han declarado que el trabajador mencionado, ██████, sus compañeros y los serbios hablaron (bebidos) en un local acerca de que estaban “planeando hacer un safari en Bosnia para cazar cabezas de musulmanes...”. [...] El 19 de diciembre de 2024, a las 16.48 horas, escribo a Edin. Hola, Edin: Creo que he encontrado al directivo de ██████—que mencionabas en tu correo electrónico. Se trasladó a Yugoslavia en los años cincuenta, era el director del departamento internacional de esa compañía y vivía en Belgrado. Solía ir a cazar con los líderes y los militares yugoslavos [...]».*

SANEL AGIĆ Y LA BMX ROJA Y... FABULOSA

«Tenía trece años cuando, en el otoño de 1993, salí con mi padre en busca de leña, nuestra única fuente de calor y de supervivencia. Llegamos a Stup, un distrito de Sarajevo situado a dos kilómetros en línea recta del aeropuerto. Nos paramos junto a la antigua fábrica de chocolate y golosinas Zora, que en su momento había sido una de las más importantes de la antigua Yugoslavia. El edificio estaba medio quemado, devorado por la guerra, pero mientras lo contemplaba afloraron recuerdos de mi infancia, [...]. De repente, oí unos disparos en la zona. Mi padre se encontraba a unos quince metros de donde yo estaba. Me di cuenta de que los proyectiles se dirigían precisamente hacia mí. Me escondí detrás de un pequeño muro y me quedé allí,

temblando, unos diez minutos. Intenté moverme, pero el francotirador seguía apuntándome. Mi padre intentó acercarse para avisarme, pero le pedí a gritos que se quedara quieto: yo sabía que no era a él a quien querían disparar. El objetivo era yo, un crío de trece años. Permanecí así, paralizado, durante cuatro o cinco horas, incapaz de moverme, con el corazón latiendo a toda prisa. No fue hasta muchos años después cuando descubrí que entre los francotiradores había también extranjeros, de Italia y otros países, y que algunos de ellos habían venido precisamente para matar niños. Entonces entendí por qué el objetivo no era mi padre, sino yo. Desde aquel día, cada vez que entraba en una tienda de golosinas volvía a sentir cómo una sutil sombra de miedo volvía a oprimirme el pecho y me devolvía a aquella fábrica quemada y aquel muro tras el que esperé para sobrevivir. Cuando acabó la guerra regresé a aquel lugar. Recogí las balas con las que habían intentado matarme. Todavía las conservo: son la prueba silenciosa de una vida que habría podido romperse y que, sin embargo, quedó suspendida, como una llama temblorosa que el viento no consiguió apagar.».

«[...] De repente, oí a mis espaldas un chisporroteo de disparos y me refugié tras un edificio, conteniendo la respiración. Poco después vi a una madre y a una niña cruzar la calle. La madre gritaba desesperada. Entonces me percaté de que habían alcanzado a la pequeña. La niña tropezó en la nieve, herida, pero la madre, empujada por un miedo ancestral y absoluto, no se detuvo: la arrastró con ella, sin mirar atrás, sin poder permitirse ni tan siquiera un instante de vacilación. Las vi desaparecer detrás de una casa, dejando en la nieve blanca un reguero de sangre que cortaba el silencio como un grito. Me quedé escondido tras aquel edificio, paralizado por el horror y por la certeza de que, si hubiera llegado un momento después, yo habría podido ser el objetivo. Renuncié a seguir recogiendo leña [...].»

JOHN JORDAN, BOMBERO EN SARAJEVO

«¿Quién es John Jordan? A esta pregunta podríamos darle una respuesta fácil: es un bombero estadounidense que ejerció como tal en Sarajevo durante el asedio de esta ciudad, entre 1992 y 1996. Pero las cosas no son tan sencillas como parecen. Jordan declaró en tres sesiones del Tribunal Penal Internacional para la Antigua Yugoslavia (ICTY). Este órgano jurisdiccional fue creado por Naciones Unidas para juzgar los crímenes de guerra que se cometieron en el conflicto de los Balcanes de los años noventa. Se mantuvo en activo desde 1993 hasta 2017 y, sin duda alguna, cambió el panorama del derecho internacional humanitario. [...].»

«“Disparé cientos de veces, señora. Cientos de veces. Decir cualquier otra cosa sería mentir.” Fue durante la sesión del jueves 22 de febrero de 2007 cuando, en un determinado momento, John Jordan mencionó en su declaración a los turistas francotiradores. Se refirió a ellos como los *Burgermeister*, una palabra que podríamos traducir literalmente como ‘alcaldes’, pero que aquí se usa más bien en el sentido de ‘jefe’. De alguien que manda, añadiría yo, porque tiene mucho dinero y paga. Por eso adquiere el estatus de ‘jefe’. Se pidió a John Jordan que explicase a qué se refería exactamente cuando hablaba de los “turistas que disparan”. El testigo aludió a los *Burgermeister* que ofrecían dinero para viajar a Sarajevo y disparar a la gente desde las posiciones serbias. [...] El término *Burgermeister* es propio de la jerga. Se refiere al hecho de que Croacia era aliada de Alemania, amiga de este país, [...].»

«“Señor Jordan, [...]. Según dice, si era una familia entera la que pasaba, siempre se disparaba a su miembro más joven. Si era un grupo de chicas, se disparaba a la más atractiva. [...] ¿cuáles eran los criterios de selección de los francotiradores? ¿Por qué elegían a las chicas más atractivas?” “Solo Dios lo sabe, señora. En el caso del asesinato de los niños, durante los años que estuvimos allí asistimos a una serie de escenas en las que se disparaba a uno o más componentes de una familia mientras estaban realizando sus quehaceres cotidianos. Y nos dimos cuenta de que con mucha frecuencia la víctima era el más joven. Algo que uno aprende

como francotirador militar es que el resultado final no es necesariamente el asesinato: es la destrucción. Si matas a un hombre, la cosa acaba ahí. Pero si hieres a un hombre, aparecerán cuatro personas para sacarlo de la zona.”».

“Bien, señor, en sus destinos como marine, ¿alguna... se vio implicado alguna vez en operaciones clandestinas o en actividades fuera de Estados Unidos? Si considera, señor, que no puede responder a esta pregunta, lo comprenderé.” “No responderé a esta pregunta.” Esta última respuesta parece insinuar la hipótesis de que John Jordan no acudió a Sarajevo únicamente con un espíritu humanitario. De que detrás de su misión había un segundo objetivo, tal vez más de carácter militar. De que su grupo de bomberos voluntarios era una tapadera para una actividad de ayuda a las tropas bosnias. En cualquier caso, descubrimos a través del propio Jordan, porque así lo declaró él mismo ante el ICTY, [...], que durante su servicio en Sarajevo con su organización GOFRS se dedicó a menudo a identificar y neutralizar a los francotiradores.».

ROBERT TRIOZZI, UN MITO VIVIENTE

«Lo entrevisto porque en el mundo de los bomberos la figura de Robert Triozzi es una especie de mito reconocido en el mundo entero por su profesionalidad y su comportamiento. [...] En invierno de 1993 estaba en Sarajevo. Para ser exactos, llegó allí el 8 de diciembre. Entre 1993 y 1994 fue jefe de los bomberos de la ciudad y tuvo que acompañar al personal local a los puntos en los que los bombardeos causaban incendios. “Cuando los francotiradores disparaban contra nosotros, teníamos que llamar a los cascos azules. Como suelo decir, nuestro trabajo es ir al sitio del que todos huyen. Aquel no fue un invierno fácil.” [...]».

E. G.: *Y... como me decía antes, ¿conoció allí a John Jordan?*

R. T.: *Sí. Porque él era el que, digamos... organizó la ayuda para los bomberos de Sarajevo. Ganó, digamos, un... No sé muy bien qué... Porque ni siquiera era una licitación. Los convenció [como veremos más adelante, se refiere a ACNUR (nota del autor)] para que le dieran un millón de dólares de la época con los que poner en marcha esto. Estaban allí tanto él como su novia. Y varios bomberos, sobre todo estadounidenses, y otro más que no era bombero, sino paramédico. Y también había otro al que denuncié después... porque era un desequilibrado, también él era paramédico, de Nueva York, veterano de la guerra de Vietnam, e iba armado, llevaba consigo una pistola. Yo estaba en contra de que los bomberos utilizasen armas, en esto coincidía con Naciones Unidas. Prohibí estrictamente que los bomberos fuesen armados. Para mí es algo inaceptable. Sin embargo, ese tipo salía — fíjate lo loco que estaba — por las mañanas, cuando empezaban los bombardeos, se iba a dar una vuelta con la mochila repleta de material de primeros auxilios y la esperanza de encontrar a alguien partido en dos por las bombas... [...]. Otra cosa sobre este John Jordan: entre sus patrocinadores había una revista de mercenarios [Soldier of Fortune (nota del autor)], precisamente la misma en la que se publicó mi fotografía. ». [...] Y de hecho esa es la cuestión: ¿cómo es posible que uno de sus patrocinadores fuera una revista de mercenarios? Además, pululaban por allí muchos personajes turbios, en mi opinión. Exmilitares... gente un tanto exaltada en busca de una aventura bélica, que siempre andaba merodeando. Había gente que no me convencía.».*

E. G.: *Y, de hecho, existe la sospecha de que John Jordan estuviese allí con una doble misión, es decir, que estuviese allí por otro motivo, y no para trabajar como bombero. En cualquier caso, nunca hubo una misión oficial como tal.*

R. T.: *Él creó una ONG que al principio se llamaba IWG y después se rebautizó como GOFRS. Le estaba diciendo que él puso en marcha esta ONG y convenció a ACNUR, la agencia de Naciones Unidas, para que le diese un millón de euros. De hecho, la credencial que yo llevaba en mi bolsillo era una credencial de socio, es decir, de socio de una organización implementada por la ONU. Sin embargo, en aquel momento, en Sarajevo, con los GOFRS, no éramos de Naciones Unidas. Más tarde sí, cuando me convertí en comandante y era un cargo responsable dentro de la ONU. Tenía un pasaporte de la ONU y todo lo demás, pero en el contexto anterior no. Solo éramos una ONG reconocida y sostenida económicamente por Naciones Unidas. ». [...] No sé si había un encargo. ¿Un encargo de quién?*

E. G.: *Alguna agencia del Gobierno de Estados Unidos... Porque al final él se dedicó a impedir los tiroteos desde las colinas de los alrededores de Sarajevo: incendios, apagaba pocos, pero francotiradores, mataba a muchos.*

«No se conserva documentación acerca de las largas paradas en las fronteras de M. P. y el resto de los cooperantes, ni tampoco acerca de los extensos registros en las aduanas. Me permitirá hacer una observación, aunque no quisiera poner en duda a ambas jefaturas de policía ni el trabajo que realizan: entre 1992 y 1996 estaba teniendo lugar una guerra civil al otro lado de la frontera italiana; además, sabemos, por los diferentes testigos, que desde Trieste y Gorizia viajaba todo el mundo, desde cooperantes internacionales hasta personajes más o menos turbios, pasando por prófugos que huían de la guerra, estraperlistas de víveres y medicamentos y aventureros de todo tipo. Tengo testimonios de italianos que iban a combatir con los croatas o con los serbios. Por no hablar de los servicios secretos, las tropas de la ONU, el tráfico de armas, droga o seres humanos para fines más o menos sexuales o incluso para algo peor. Y, sin embargo, nadie ha conservado ni un solo documento. Como me han enseñado magníficos policías, los atestados son los apuntes más valiosos, porque en ellos se registra cualquier fenómeno sospechoso [...]. Pero de ellos no ha quedado nada. M. P. lo afirma y otros testigos».

EL FÚTBOL Y CUATRO GOLES QUE DAN UN VUELCO A LA VIDA

«Su nombre es ilustrativo: “Sitio de Sarajevo: *tour* por el túnel de la esperanza”. De esto precisamente es de lo que quiere hablarme. El itinerario discurre a través de Sarajevo y permite al visitante recorrer los lugares en los que se produjeron los trágicos acontecimientos del asedio que se prolongó desde 1992 hasta 1996: los puntos de las colinas de alrededor de la ciudad desde donde las tropas serbobosnias atacaron con morteros tanto la urbe como sus habitantes, pero también los nidos de los francotiradores que, a lo largo de 1.425 días — todo eso duró el asedio—, no dejaron de disparar contra la población civil. Durante estas rutas, Nermin escucha los recuerdos de algunos visitantes a los que acompaña.[...]».

«[...] Hay quien quiere confesar. Esas personas se lo llevan aparte y le cuentan. A veces la conciencia les pesa y no consiguen dormir por las noches. Nermin entiende que, para ellos, el viaje es casi terapéutico.[...] suspira. ¿Por dónde empezar? Por fin, se decide y comienza. «Bueno... La mayor parte de lo que sabemos, como guías y también como vecinos de Sarajevo — aunque yo nací en 1995 y regresé después de la guerra—, **lo que he descubierto después de la guerra, es que las personas que organizaron los safaris de Sarajevo eran principalmente rusos y serbios. También he oído hablar de bielorrusos y ucranianos, y muchos otros sobre los que no tenemos pruebas. Pero hay quien apunta también a la Legión Extranjera o a cuerpos como la Policía Especial de Yugoslavia, que en realidad era serbia, así que se trataría de los Escorpiones, [...].** Sin embargo, el origen de este safari en Sarajevo no está tan claro, en parte porque, según se dice, había demasiadas personas importantes implicadas... [...] Lo interrumpo: “He encontrado el nombre de un italiano. He recibido información que relacionaba algunos de estos episodios con un italiano que murió hace unos años. He comprobado todos los detalles que me han proporcionado sobre este individuo. Incluso he leído sus memorias, y mucho de lo que se dice en ellas coincide con lo que me han contado e incluso más. Puedo asegurarte que era realmente un hombre... ahora no puedo revelarte su nombre, Nermin, pero te aseguro que era un hombre muy importante, poderoso y rico”. [...] “La mayoría... He oído muchos nombres de europeos, muchos de personas importantes de Rusia, y también me han hablado del dinero que circulaba de mano en mano. Europeos, estadounidenses, canadienses que vinieron a hacer... Nunca me han dado nombres concretos, pero yo también he oído hablar de esa persona, que, creo, era muy importante, y también de la universidad Politécnica”. ».

«“te puedo asegurar que era un hombre relacionado con una gran empresa metalúrgica [omito su nombre por motivos legales obvios (*nota del autor*)], porque su compañía, que era una gran sociedad italiana, tenía una *joint venture* con esta otra empresa yugoslava. Ese hombre viajaba con muchísima frecuencia a Belgrado. Era amigo de todos los militares, de los servicios secretos, y en la ciudad solía reunirse con los generales del ejército, con los que

también se iba a cazar a los cotos del régimen. He descubierto que la mayor parte de estas personas, cuando no incluso todas, eran cazadores o gente a la que le gustaban las armas, cazar, que hacía incluso safaris en África para matar a los grandes animales de la sabana, por los que, como sabes, hay que pagar un alto precio [...]».

«[...] recuerdo que él me dijo: “Nermin, tú no sabes lo que se llegó a hacer. Me acuerdo de que una noche estábamos en la frontera entre Sarajevo y Pale, [...], y allí nos cruzamos con un convoy escoltado por las unidades especiales de Serbia. Pues bien, detrás de él iba un microbús y nosotros le ordenamos que parara, aunque no pudiéramos hacerlo. Tenían una actitud hostil, así que lo detuvimos”. En él no viajaban militares, que por aquel entonces llegaban con la documentación en regla y pasaban, porque quienes estaban en tránsito eran europeos, podían pasar al otro lado con los serbios y de hecho pasaban, así que los dejábamos continuar. Pero hacia Sarajevo no, en Sarajevo solo se permitía entrar a la ONU o a los serbios, desde luego los serbios que venían de las montañas. En fin, él me contó que una noche, en un control paró a un microbús en el que iban agentes serbios de seguridad y militares del ejército yugoslavo, del JNA, pero la mayor parte eran personas con pasaportes estadounidenses, británicos, italianos y franceses, y todos iban vestidos con ropa de cacería y llevaban armas consigo. Entonces él preguntó: “¿Pero ustedes tienen permisos para estas armas?”. [...] le respondieron: “Somos cazadores”. Le enseñaron un documento europeo en el que constaba que podían cazar en los Balcanes, pero en el texto se especificaba los Balcanes, no Sarajevo. Aun así, entraban con aquellos visados diciendo que estaban de paso, que iban a Montenegro a cazar.”».

«[...] “También me acuerdo de que me habló de la guerra y mencionó precisamente los disparos precisos de los francotiradores. Porque cuando morían civiles, las unidades especiales de Sarajevo, de las que formaba parte mi padre, bajaban a primera línea y recuperaban los cuerpos. [...] Me contaba que a los niños se les disparaba de forma precisa. A nuestro primo lo mató un francotirador en la ciudad con un disparo de precisión. Yo oí decir que los niños eran más caros. Por ellos se pagaba el doble. Se pagaba el doble... [...] Jamás escuché hablar de cifras. Cuando le pregunté al respecto a un soldado que hoy en día forma parte de una organización muy importante de Bosnia-Herzegovina [...], me respondió que por aquel entonces el precio rondaba, al cambio, cien mil euros de hoy. Entonces oí que para matar a un niño había que duplicar esa cifra y que tú mismo podías escoger al que más te gustase, es decir, esperabas hasta que apareciese el niño. Según contó, solo había una regla: cuando la madre va a por agua y sale del edificio, ellos salen a jugar, salen a la calle a jugar. En Sarajevo, los niños decían que solo debían tener cuidado con los bombardeos. Cuando cae la primera granada, hay que ir allí donde ha impactado esa primera bomba y tumbarse en el suelo del primer socavón que se haya abierto, porque ya no volverán a atacar en ese mismo punto. Esa era la única regla que tenían. Pero con los francotiradores esa regla no servía de nada.”».

PARMA

«[...] Los dos testimonios que siguen proceden de dos personas que no se conocen entre sí y que ni siquiera se han cruzado jamás. Estas dos historias presentan un hilo conductor que pasa por Parma. [...] proporcionan una pista interesante para la investigación y la reflexión [...] que plantea la posibilidad de que la empresa Parmatour fuese una de las agencias implicadas en el traslado de francotiradores. [...]».

«[...] El aeropuerto Giuseppe Verdi, en Parma, se señala como el lugar del que partían una serie de pequeños vehículos en dirección a Trieste u otras localidades que lindaban con Bosnia, por ejemplo en Albania, Rumanía o Hungría, desde las que se introducía a los cazadores turistas. Pero no solo desde ellas: también está la costa mediterránea de Croacia, a través de la ciudad de Međugorje, o la ciudad de Posušje, un verdadero cruce de caminos por el que

pasa buena parte de la ayuda humanitaria procedente de Italia que donan organizaciones católicas como Cáritas o la Associazione Lavoratori Credenti de Secugnago. Cooperan con el padre Peppino Barbesta, fallecido en 2021, que se encargaba de coordinar las colaboraciones de unas ciento cincuenta parroquias de la provincia de Lodi y sus alrededores. ».

«**A. C.:** Yo pertenecía a una organización de voluntariado que durante la guerra realizó un gran trabajo: organizó más de cuarenta viajes de solidaridad para con la población afectada por el conflicto. Precisamente durante estos viajes conocí, en Sarajevo, a un fraile franciscano que se encargaba de clasificar los paquetes de ayuda. [...]aquel fraile, que era de Sarajevo, al que no volvimos a ver y del que, sinceramente se lo digo, no recuerdo más datos después de tanto tiempo, me dijo precisamente eso, que había visto que venían italianos para hacer de francotiradores. Esto nos lo repitió varias veces, porque, como en aquella época había también fuerzas militares, el transportista lo denunció ante ellas [...]». yo le pregunté cómo conseguían llegar. Además, había que pasar por varias fronteras y demás. No sé si partían de Parma con las armas o si las enviaban por separado. Ahora me están surgiendo nuevas dudas. ¿Qué era todo aquello? ¿Una organización mucho más grande en la que tú viajabas y después se te proporcionaban las armas? ».

«**G. L.:** Fui cámara de televisión durante más de veinticinco años. Hasta 2004 trabajé como *freelance* y más o menos por aquella fecha, en una charla entre amigos, en mis charlas con amigos, empecé a interesarme cada vez más por la guerra en Sarajevo. Comencé a sospechar que existía un turismo macabro de francotiradores, [...]. Empecé a investigar dentro de mis posibilidades [...], pero, evidentemente, era muy joven. Tiré sobre todo de mis conocidos entre los *carabinieri*, hasta que en 2003 viajé a Egipto, donde estuve un mes para asistir a un congreso muy importante de la compañía telefónica [REDACTED]. Al mismo tiempo se estaba celebrando en otro hotel una cumbre muy relevante sobre Medio Oriente en la que participó el que era presidente de Estados Unidos por aquel entonces, George W. Bush, pero también el rey Abdalá de Arabia Saudí, y el rey Hamad de Baréin. Una noche estaba en un local con unos amigos. Allí conocimos a dos señores de Italia. Uno de ellos aseguró que ambos pertenecían al personal de seguridad de un personaje público italiano que, si no recuerdo mal, había acudido como observador a la cumbre. Les hablé a aquellos dos agentes de seguridad — que, lo advierto, estaban bajo los efectos del alcohol— de mi interés y de mi modesta investigación acerca de los francotiradores occidentales. Parecían estar al tanto. Me respondieron: “Mira, te recomendamos que lo dejes estar. De todas formas, no podemos contarte nada. Lo único que podemos decirte es que mires hacia Parma, hacia Parmatour, porque, por lo poco que sabemos, se encargaron de la organización del viaje de los extranjeros e italianos, con tránsito por Italia y vuelos privados, y de la gestión del dinero que se embolsaron”. Me han llegado rumores de que en aquella época se hablaba de unos treinta millones por disponer de servicio de seguridad y escolta y viajar hasta Sarajevo, más una cantidad X, que no sabría concretar, en función de los objetivos derribados, entre población civil y militares.». Cuando propuse una colaboración a cadenas de televisión nacionales para contar con un apoyo periodístico y acceso a los archivos, me dieron a entender claramente que era mejor olvidarlo, porque no convenía investigar sobre determinadas personalidades italianas. Más adelante una de esas cadenas me contrató. En ella trabajé en un ámbito muy distinto: la música y los deportes, donde, seguramente, ya no podía seguir haciendo preguntas incómodas. [...]».

«[...]me insistió en que en aquella época tuvo la sensación de que sus superiores no querían que siguiera interesándose en aquella investigación. Me aclara que, para él, aquel contrato indefinido como cámara de televisión que le ofreció un importante grupo fue una manera de silenciarlo y de hacerle olvidar su interés por la noticia de los francotiradores de fin de semana. Por lo que dice, también en 2003 comenzó una indagación personal sobre Parmatour, a la que tuvo que renunciar por las presiones que recibió.».».

UN TALLER DE CHAPA Y PINTURA, UN BAR Y MUCHOS MEDICAMENTOS

«Junto con Guido Salvini, [...], me reúno con otro testigo de Trieste. Al igual que ocurre en el caso del Legionario, todo empieza con un mensaje. Me envía una fotografía de una casa tomada a través de Google Earth. Se trata de una casa de campo. Está en una zona de colinas situada junto a Trieste. El testigo me explica que allí, en aquella casa, vive un cazador. La noticia es una bomba. El hombre, al que aquí llamaremos “Halcón”, está aterrorizado. Por eso nos citamos en el bar de una estación de tren de la zona noreste. [...] Su relato gira en torno al bar [REDACTED], que se encuentra en [REDACTED], en la periferia de Trieste, y que regenta una tal señora [REDACTED].».

Los clientes habituales de este establecimiento suelen comentar los acontecimientos de Sarajevo. [...]».

«[...] Otra persona que conoce los hechos y que tal vez incluso participó de alguna manera en ellos es un tal [REDACTED], aquí Sandro (nombre ficticio), de unos [REDACTED]-años. [...] Estuvo en prisión varios años, ocho o nueve, por asuntos relacionados con las armas. Pasó una temporada en el centro penitenciario Coroneo, en Trieste, y durante un tiempo disfrutó de algunos beneficios penitenciarios que le permitían entrar y salir de la cárcel. Desde hace unos años está en libertad. Trabaja en un taller de chapa y pintura. Vive cerca de [REDACTED]. [...] Habla de trofeos que se ha llevado a su casa: orejas y dedos cortados. [...]».

«L.: Sin embargo, cierto día, cuando llegué a su taller, situado en la calle [REDACTED], al lado de mi nave, en el puerto Porto Vecchio, me di cuenta de que había unos microbuses. Y, alrededor, un montón de gente con corbata, bien vestida... Se veía a la legua que no tenían ni puta idea de lo que supone ser militar, se veía que no eran militares. Pero todos ellos estaban deseando irse, marcharse lo antes posible para pasar sus vacaciones allí [en Yugoslavia (nota del autor)]. Era gente que se iba “de vacaciones” con la excusa de las fotografías. Pero las fotografías no eran exactamente fotografías, porque si alguien tiene que hacer fotos no envía a empresarios de compañías farmacéuticas, médicos, abogados... Había mucha gente muy poderosa, todos con mucho dinero. Saltaba a la vista. Todos con Rolex, todos con unos cochazos que aparcaban en el taller de la calle [REDACTED]. Después se iban en aquellos Volvo con el emblema de la Cruz Roja, [REDACTED]-C. B., [REDACTED]-C. B. y [REDACTED]. Él (el dueño del taller de chapa y pintura), aparte de con las compañías farmacéuticas, abro aquí un paréntesis, había negociado con hospitales, con hospitales serbios, había cerrado un contrato con ellos para entregarles medicamentos caducados y experimentales, pero a cambio esos hospitales y las comunidades universitarias estaban obligados a comprarles medicamentos de este tipo durante ocho años. ».

«En el cuarto viaje yo mismo reparé los Volvo. Todos los Volvo 740 tenían portaarmas. Estaban en el maletero, todos puestos en fila en el maletero. Nosotros mismos los soldamos en el maletero. [...] Exacto, soportes y portametralletas, portacargadores sobre todo, porque se necesitaban para las vacaciones... Todos se iban de vacaciones. Aunque no era así. Todas las personas que formaban parte de este grupo tenían relación con los hospitales infantiles y con C. B., porque fue él quien encontró los contactos. C. B. era el núcleo que gestionaba el traslado de estas personas, que llegaban desde Bérgamo, desde Brescia... Serina, recuerdo el nombre de Serina porque uno de ellos, me acuerdo, tenía una casa en la montaña de Serina, cerca de Bérgamo, y de hecho me invitó a su villa de Serina. Él conocía aquel ambiente porque C. B. estaba dentro. Estas personas que procedían del sector de los medicamentos o como queramos llamarlo se iban de «vacaciones» a la antigua Yugoslavia exclusivamente para practicar el tiro [...]».

«L.: ¿Que si eran aficionadas? Dormían con el AK-47 debajo de la almohada aquí, en Trieste, en la piazza Sant’Antonio, donde vivía C. B. Fui a su casa varias veces. Vivía en un convento frente a la iglesia de Sant’Antonio. No sé la dirección exacta, [REDACTED] en Trieste.

G. S.: ¿Y era ese el punto en común de todos estos clientes?

L.: En el caso de aquellos a los que conocí, los puntos en común eran siempre C. B. y las compañías farmacéuticas. [...] Para que pudieran cruzar las fronteras sin que nadie les pusiera pegas. Pero no es que tuvieran permiso de la Cruz Roja. Eso podría ser un pretexto, pero no puedo asegurarlo porque en aquellos años había una guerra. Además, te digo una cosa: sin duda... seguramente las compañías farmacéuticas eran culpables. Más que C. B. [REDACTED]-De hecho, C. B. se hizo riquísimo después de la guerra en la antigua Yugoslavia. ¿Rico? No, ¡riquísimo! Y nunca más ha vuelto a Italia.

[...] E. G.: ¿Él solo transportaba a gente de empresas farmacéuticas?

L.: Lo que pasa es que cuando estalló la guerra en la antigua Yugoslavia ya no se entendía un carajo. Aquí ya no se entendía nada. Era impresionante lo que circulaba por Trieste. Era más fácil encontrar una barra de explosivo C4 que una cheeseburger. Aquellos años eran realmente impresionantes.»

«G. S.: ¿A qué se dedicaba? ¿A la medicina, igual que los demás?

L.: No tengo ni idea, ya han pasado treinta años de aquello.

[...] E. G.: ¿Alguna vez oíste hablar de las tarifas?

L.: La verdad es que no, por mi parte... Se habla mucho de sobornos, pero no de tarifas. En el caso de los antibióticos se manejaban cifras de miles de millones, no digo miles de euros de hoy, sino miles de millones de liras. Se decía: “Si el hospital compra este fármaco y firma un contrato por cinco años, te doy ochocientos millones de liras. Si ese otro firma un contrato sobre ataúdes, sobre prótesis...”.

E. G.: Entonces ¿los clientes no pagaban?

L.: No lo sé. Los clientes de las compañías farmacéuticas no hablaban de esas cosas en nuestra presencia. Nosotros nos limitábamos a estar ahí, nos encargábamos de los vehículos, pero, desde luego, los clientes no me pagaban a mí, sino a C. B., a veces en forma de donaciones farmacéutica, de medicamentos, porque allí había

toda una cadena de montaje: la fábrica le entregaba el producto al representante, que se lo regalaba a C. B. y [REDACTED], que lo daba a las empresas farmacéuticas, a los hospitales... Ellos cobraban el dinero y tal vez, como bonus, les ofrecían la oportunidad de participar en la cacería.

E. G.: *¿En la cacería de personas?*

L.: *En la cacería de personas. ».*

«E. G.: Tú lo sabes mejor que yo: para disparar a la población civil desde las colinas de Sarajevo se necesitan rifles de precisión, no un AK-47.

L.: Bueno, te voy a explicar algo: te equivocas. Los PSC, los de alta precisión, pueden disparar a una distancia de dos kilómetros. Es un rifle de fabricación rusa que utilizan muchos eslavos para la caza. Hoy es rarísimo encontrarlos, pero en aquella época circulaban como chupachups y muchos de ellos se tuneaban. También el AK-47 puede disparar a trescientos metros si sabes cómo modificarlo. Depende de quién te da el arma. Nosotros preparábamos los portarrifles para los AK-47, pero en ellos podías meter armas de calibre 22, escopetas con acción de bombeo... Lo que te diese la gana. [...] En cualquier caso, a ninguna persona, salvo que tenga un problema mental, y a ninguna compañía de medicamentos se le ocurre premiar a los farmacéuticos mandándolos a la antigua Yugoslavia. Pero como sabes muy bien, estos no iban allí a coger setas o trufas: iban a disparar contra la gente y es lo que hicieron... Y todo empezó precisamente en Trieste. Porque los primeros que salieron en Italia, y se dijo incluso que en toda Europa... los primeros fueron [REDACTED]. Basta con consultar las actas, seguramente encontraréis pistas, incluso de los carabinieri de Trieste que hicieron... El "Lobo"... el lugarteniente Gavino Mario Scano, al que llamaban el Lobo, lo denunció enseguida, al principio de la guerra... Porque yo se lo conté. Hablamos durante una hora y media, hicimos... le hice... para proteger a mi familia, tuvimos una conversación no muy informal, porque él, justo después, denunció el caso, escribió lo que pasaba y el asunto se tramitó.».

«G. S.: Así que había una complicidad con los serbobosnios.

L.: Desde luego que sí... La verdad es que he visto a C. B., en fotografías con Milošević, con Mladić, con Karadžić, con Arkan... [...]

G. S.: Una pregunta: ¿los cazadores volvían con algo?

L.: El taller de chapa y pintura era enorme, y lo llenaban con medicamentos caducados desde hacía tres, cuatro o cinco años. Metían las vacunas en cubos de hielo.

G. S.: No, me refiero a si volvían con algo relacionado con lo que habían hecho allí. ¿Se traían algún objeto? ».

«L.: Se reían y bromeaban: «Yo he conseguido dos... Yo he conseguido tres... Yo he conseguido uno». No sé. Hablarían de setas, ¿no? ».

«E. G.: ¿Le interesaba el dinero?

L.: Solo le interesaba el dinero. Pero igual que toda la gente que iba a Serbia. Todo el dinero, toda la gente. ¿Haces esto por dinero o porque te aburres? Exacto, porque te aburres. Cuando cruzas el puente y quieres ir a matar gente en tus vacaciones, eso significa que te aburres. Que eres un psicópata.

E. G.: Bien, has descrito una organización, un organigrama como esquema, digamos, de fondo, en el que estaban las compañías farmacéuticas, los hospitales, los directores... Tenían el control sobre todos los elementos. ¿Recuerdas alguna empresa de seguridad que girase en torno a esta organización? ».

EL FRANCÉS: «CIERVOS PARA LOS ARQUEROS»

«A través de un complejo movimiento de triangulación consigo encontrar a uno de los acompañantes de los grupos de francotiradores [el Francés]. [...] El panorama que me dibuja a través de sus respuestas resulta muy útil para comprender la organización que gestionaba los viajes en los que se pagaba por disparar en la antigua Yugoslavia: su estructura, su manera de encontrar a los "clientes", la circulación del dinero de mano en mano, los puntos por los que se pasaba hasta llegar a las colinas de los alrededores de Sarajevo o Mostar, las tarifas por las presas... Yo añadiría que en sus palabras se adivina también la indiferencia de los clientes frente a lo que estaban haciendo [...]. Médicos, abogados, incluso algún juez "famoso" y profesionales de diversa índole se dedican al tiro al civil con la indiferencia con la que un biólogo observa un microbio [...]». [...] el Francés reconoce que tiene una espina clavada: asegura que la empresa que organizaba los viajes en Bosnia-Herzegovina le debe dinero (y no creo que vaya a pagarle ahora que han pasado ya más de treinta años), por lo que se decide a contarme su historia. [...]».

«Quien se encargaba de apuntar a la gente en las listas, en el caso de Italia, era una agencia de Milán que tenía contactos con otras agencias europeas y también de Estados Unidos... Agencias de soldados para corporaciones militares privadas, guardaespaldas o el sector de la seguridad,

en general. Detrás de todo estaba también el crimen organizado balcánico o ruso. La sede principal, la que de entrada daba el visto bueno, se encontraba en Bélgica, pero más tarde los italianos y también los francófonos empezamos a gestionar estos asuntos directamente. Es decir, una vez que aprendimos el “juego” empezamos a organizarnos de forma autónoma, pero sin pasar nunca por encima del crimen organizado, al que le correspondía parte del dinero recaudado y que estaba preparado para extorsionar o amenazar a los arqueros si no pagaban».

«E. G.: Los comerciales conocían el cliente, sabían de sus «pequeños vicios» y trataban de complacerlo. Si a alguno le gustaba la caza mayor, ¿por qué no?

S. N.: Efectivamente, así era.

E. G.: Alguien de [REDACTED] debía de tener contactos con las organizaciones serbias.

S. N.: Y extranjeras en general. He estado consultándolo. La empresa tiene conexiones con media Europa. Sobre todo con Bélgica.

E. G.: Es uno de los países desde los que, ya en los años sesenta, se impulsaron las guerras de mercenarios. Con organizaciones en el territorio. *Antes de retomar la declaración del Francés, quiero precisar que los testimonios señalan una conexión entre esta importante empresa belga del sector de la seguridad, [REDACTED], con sede en Londres, y una sociedad del mismo sector en Milán, [REDACTED], como cuenta Sin Nombre.

Me surge una duda: ¿quiénes son los directivos que gestionaban este tráfico de arqueros en Milán? [...] ¿Se trata de antiguos empleados de empresas militares privadas? ¿De exmilitares? Uno no monta algo así si no conoce el «ambiente», si no sabe a quién llamar, a quién dirigirse... [...].»

«E. G.: ¿Has encontrado en el archivo de Aleksic otros datos útiles sobre los safaris?

Quimera: Sí, sobre su estructura organizativa. Sobre su logística. Sobre personas implicadas, como Novak, Papić... Sobre conexiones con el Servicio de Seguridad del Estado de Serbia.

E. G.: ¿En el lugar? ¿En el barrio de Nueva Sarajevo controlado por los chetniks?

Quimera: Sí. Organizador de los transportes: Dragoslav Bokan.

Contacto con Edin Subasic, que me confirma los nombres que ha apuntado Quimera: “Los nombres que te menciona (Papić, Zlatko Novković/alias Zak Novak...) están relacionados con los safaris. Tenían contactos con los francotiradores de Grbavica/cementerio judío. Estos nombres se incluyen en los documentos del TPIJ que se encuentran ahora en Sarajevo, pero también se podía acceder a ellos a través de la página web del TPIJ”...».

«Según Quimera, de sus documentos se deduce que la sociedad The [REDACTED]-for Oversea Governments and Administrations Limited pagó mucho dinero a la Administración Central de la Patria del Partido Radical Serbio en Belgrado. No se trata de una prueba definitiva, pero abre un resquicio que nos permite mirar al pasado del dinero que, en este punto, conecta a [REDACTED], de Londres, y a la sede belga con la empresa de seguridad milanese y que continúa hasta Bosnia-Herzegovina. Un posible hilo conductor para rastrear el recorrido del dinero. En la práctica, la empresa [REDACTED] se encarga de todo. Compra, vende, abarca y financia casi cualquier cosa: viviendas, tierras, sociedades, acciones, obligaciones, empresas, ministerios... a veces, hasta países enteros. [...]».

«Concluyo diciendo que un hilo negro une entre sí a todas las agencias de seguridad que también se dedican al sector militar privado. Pero, como ya te he repetido, cuanto más alto subamos, más riesgo correremos. Y ya estás a una altura nada despreciable. Igual que Quimera. Aquí ya no estamos hablando de “arqueros”, sino de geopolítica, petróleo, gas, tráfico de armas, trata de “esclavos y esclavas”, trata de migrantes, tráfico de órganos, tráfico de drogas, [REDACTED]... O sea, estamos hablando de negocios de altura. El tablero está llegando a los pisos de arriba. También los tipos que disfrutaban viajando a Bosnia para disparar eran ricos y altos. Debería investigar también las conexiones entre estas sociedades (la belga y la italiana) con Parmatour. [...]».

«[...] Si los objetivos eran musulmanes no había problema. En cambio, sí que podía haberlo si un fin de semana una expedición había disparado desde el lado serbio contra los croatas y se había descubierto el juego, y al otro fin de semana se disparaba desde el lado croata contra los serbios y se volvía a descubrir el juego. Sí, aquel era el mayor problema. Ahí todos nos jugábamos la vida, incluidos los acompañantes, y no había dinero que nos garantizase que

salvaríamos el pellejo, sobre todo si nos topábamos con un militar. En cambio, el comportamiento de los miembros de las fuerzas paramilitares o mercenarias era distinto, con ellos se podía negociar a cambio de dinero. Pero si eran militares o incluso civiles, [...], estabas muerto. Ni siquiera pensaban en que, si los arqueros eran millonarios (y eran supermillonarios), podían pedir un rescate. Te mataban allí mismo y amén. **A mí me pasó algo así solo un par de veces en cinco años de guerra y salí bien parado, aunque a las personas a las que acompañaba les fue peor. Un follón tremendo para tapar la desaparición de aquellos arqueros o devolverles sus cuerpos a sus familiares. De todos se decía que habían muerto de un infarto o de un ictus. En Italia o en Francia teníamos médicos cómplices que estaban dispuestos a extender un certificado de fallecimiento por causas naturales, dando por válida la información que les llegaba desde Serbia o Croacia. Además, el dinero ayuda a mirar para otro lado, incluso a las fuerzas del orden que encontrábamos en las fronteras o en las aduanas.** Jamás se abrió un ataúd ni se practicó la autopsia a los cadáveres de los italianos, franceses o belgas millonarios, que no eran en absoluto ni mercenarios ni voluntarios. O, al menos, eso es lo que a mí me consta. Todo el traslado, [...], estaba bien engrasado. A Italia, a Francia y a Bélgica llegaron también ataúdes repletos de bolsas de arena, porque a los arqueros y a sus acompañantes se les enterró directamente sobre el terreno. También había médicos y guardias en nómina, tanto en Europa como allí mismo.»

«F.: Participé como acompañante desde Italia en seis traslados, dos desde Bélgica y uno desde Francia, y después tuve que parar porque tanto los serbios como los croatas me conocían, así que me quedé fuera. [...]. Tanto para nosotros, como para quienes se ocupaban de guiarnos en la antigua Yugoslavia la praxis habitual era no exponerse a más de diez o doce traslados, [...]. Evidentemente, los acompañantes, fuésemos europeos o yugoslavos, íbamos armados. [...] como guardaespaldas de los arqueros. Nuestra tarea consistía fundamentalmente en contar las víctimas para cobrárselas después a los arqueros. Las tarifas estaban establecidas desde el principio. Ellos pagaban a la agencia. Nosotros, los europeos, teníamos que vigilar que los acompañantes yugoslavos no mintiesen sobre la edad de las víctimas, por ejemplo poniéndose de acuerdo con los arqueros para engañarnos. Todo era un permanente control mutuo. Si metías la pata o te pasabas de listo, ibas inmediatamente al lado de las presas».

«[...] Un amigo agente, de nacionalidad italiana, me dijo que entre finales de 1991 y 1995 participaron en este juego unos doscientos treinta arqueros italianos; en Francia y Bélgica, algunos menos; y también hubo unos cuantos en Suiza y en Austria, en este último caso sobre todo para disparar contra los serbios. »

LA FIESTA EN LA VILLA

«En este libro me referiré al siguiente testigo como Marco. Su declaración se ha enviado a la Fiscalía, así que lo que aparece a continuación es solo un resumen [...]. Hacía años que aquel francotirador había disparado contra la población civil desde [...] los alrededores de Sarajevo. Más de diez años, de hecho, pero es como si nuestro hombre necesitase tener un público. No podía guardarse para sí aquel relato. [...]. Me pregunto si aquella fue una confesión involuntaria. [...] Nuestro hombre, como me han confirmado otros testigos, presumió ante los presentes de lo que hizo en su momento. [...] no muestra vergüenza, remordimientos o angustia.»

«M.: Estamos hablando de... Esto sería hacia 2006 o 2007, más o menos, y quien estaba hablando aludía al periodo del conflicto bélico de la antigua Yugoslavia, [...]. Presumía de que había ido hasta allí con el prometido de su hija. O tal vez aún no era su prometido. [Tanto el prometido como la hija asistieron a aquella escena (nota del autor).]

E. G.: ¿Y usted había ido en calidad de amigo?

M.: En realidad estaba allí porque teníamos conocidos en común y nos habían invitado a cenar en aquella villa privada de la región de Brianza.

E. G.: En ese caso, ¿podría decirme cómo se llamaba aquella persona que los invitó?

M.: Por supuesto. Se trata del señor [REDACTED].».

[...]E. G.: ¿Y ninguno de los presentes se indignó? ¿Ninguno reaccionó ante aquellas palabras? Al fin y al cabo, estaba confesando que su futuro yerno, allí presente, y él mismo habían ido a disparar a unos civiles indefensos.

M.: [...] él le hablaba a un público de seis o siete personas, quizá. A altas horas de la noche, además. Era una fiesta, digámoslo así, por lo que puede que algunos hubiesen bebido un poco. Los presentes no le dieron mayor importancia. Tal vez fui yo quien se sintió más afectado porque, aunque ya llevase un tiempo separado de mi mujer, ella es originaria de la antigua Yugoslavia, es de Sarajevo. Aunque sea mi exmujer, también es la madre de mi hijo. Ya se puede imaginar, por tanto, que sentí y viví de una forma muy especial el conflicto [...]. [...] le advertí: “Mire, son hombres, son personas, no se puede hablar de algo así, lo que está diciendo es un disparate”. Pero, con una actitud de desprecio, se echó a reír, ridiculizándome, y después pasó a otro tema. ».

EL FRANCÉS: SEGUNDA PARTE

«[...]tendrían que reservar un dinero para que estos milicianos os dejasen pasar por su territorio y disparar contra la ciudad, ¿no? ¿Podría confirmarme qué importe pagaban?

F.: Sé que cada mes se pagaba una cantidad a los serbios y a los croatas, pero también a los eslovenos, y ellos nos dejaban hacer o nos indicaban las zonas a las que podíamos dirigirnos para disparar. Eran las agencias las que negociaban con quien correspondía, tanto en lo que respecta al dinero como a los servicios. Nosotros lo único que hacíamos era introducir a los arqueros, cubrirles las espaldas y contar los objetivos alcanzados.»

«**E. G.:** Hablemos ahora de las asociaciones de voluntarios que estaban presentes en el territorio de Bosnia. He intentado contactar con muchísimas de ellas y ninguna, lo repito, NINGUNA, me ha reconocido que conociese el fenómeno de los safaris de occidentales en Bosnia. Podría darle nombres importantísimos y rimbombantes del mundo de las ONG. Pero cuando he hablado con los habitantes de Sarajevo la respuesta que me han dado es que TODOS en la ciudad sabían que en las colinas que la rodeaban había francotiradores a los que se guiaba hasta allí a cambio de dinero. ».

[...] **F.:** Le repito que este es un terreno minado y que aquí y allá se siguen organizando todavía ciertos safaris. Las asociaciones llevaban y llevan ayuda, y punto, y mientras nosotros llevábamos otra cosa, y punto. Ya estoy hablando demasiado, pero tengo una espina clavada todavía por el asunto de la remuneración, o sea, por el dinero que no he recibido.»

«**F.:** Notarios, abogados y médicos de alto nivel, empresarios, hijos de papá ricos desde la cuna y aburridos... Por lo general, gente de más de cincuenta años y con mucha pasta. En un traslado acompañé incluso a un importante juez y en otro, a un neurocirujano. Nosotros conocíamos sus identidades y sabíamos que todo lo pagaban debidamente. De lo contrario, se las tendrían que ver con nosotros o con el crimen organizado. Ellos, en cambio, no sabían quiénes éramos. [...] Obviamente, los clientes se veían los unos a los otros, pero no se permitían ni los teléfonos móviles, ni las cámaras de fotos ni las drogas. Nosotros inspeccionábamos todo, registrábamos bien su equipaje, que solo podía estar compuesto por una maleta de mano. Cualquier cosa que “cantase” se quedaba en Italia, en Francia o en Bélgica. [...], el viaje duraba solo el tiempo de los dos trayectos de ida al sitio desde el que se iba a disparar y de vuelta, más las seis horas de disparos diurnos (de noche, jamás), así que como máximo estábamos fuera una noche. Se pernoctaba en la antigua [...]».

«**F.:** Como le he explicado, todo se movía a través de intermediarios. En un principio se hizo correr la voz a través de algunos clientes multimillonarios, que ya utilizaban esas agencias para otros encargos u otros fines. Una vez que habían vivido una experiencia de este tipo, implicaban a todos los demás. No fue difícil crear un grupo cada vez más numeroso de clientes habituales que metían en el juego a otros. Sé de algunos clientes a los que, a modo de bonus, se les regaló un viaje porque habían hecho un buen «trabajo», y después se hacía lo mismo con quienes se iban incorporando. Empezaron a subir las tarifas de cada objetivo alcanzado. Se comenzó con unos precios y poco a poco todos ellos fueron aumentando, especialmente cuando quedó claro que la guerra de Bosnia estaba a punto de acabar. [...]».

«**F.:** No, todos los objetivos se pagaban. Al principio, si le dabas a un niño tenías que pagar treinta millones de liras; si era una mujer, veinte millones; si era un hombre, diez millones; si era un anciano o una anciana, tres millones (aunque algunos pagaron dos millones por los ancianos). En cambio, al final de la guerra un niño, una niña o incluso un o una adolescente costaban entre noventa y cien millones; una mujer, entre setenta y ochenta millones; un hombre, entre cuarenta y cincuenta, y un anciano, entre diez y quince. Por lo general, a los arqueros se les hacía la boca agua con los niños, los adolescentes y las mujeres de veinte o treinta años, como máximo treinta y cinco. Además, los militares y los paramilitares costaban más que los niños porque implicaban un riesgo adicional. [...]».

«[...] En el transcurso de mis acompañamientos hubo un arquero italiano que en seis horas se cargó a dos niños, una mujer y, para acabar, tres ancianos. A eso había que añadirle los gastos de la agencia y los nuestros, los de los acompañantes (tanto los europeos como los yugoslavos). Yo le cobraba siempre a la agencia cuatro millones por acompañamiento; mi compañero yugoslavo, fuese serbio, croata o esloveno, un millón y medio de liras.»

«**F.:** No, todo se pagaba en negro, en efectivo, primero los gastos fijos y después las presas, según el recuento. De lo contrario, no había nada que hacer. Y esto valía tanto para Europa como para la antigua Yugoslavia. ¿Cuándo se pagaba en A ciento veinte millones de liras, por ejemplo? En ese caso, el efectivo circulaba perfectamente y Suiza está al lado de Milán, igual que Luxemburgo está al lado de Francia y de Bélgica. El cliente pagaba en dinero contante y sonante a la agencia y la agencia se encargaba de pagar a los yugoslavos o a cualquier cómplice, sobre todo aquellos que no tenían reparos en hacer la vista gorda. Todo salía de Europa. Nada era legal. ¡Cómo iba a serlo! Además, el crimen organizado, tanto en Italia como en Francia o en Bélgica, se encargaba de que todos los engranajes estuvieran bien engrasados. Lógicamente, parte del dinero que se debía a los yugoslavos podía quedarse en Italia [...]».

«**E. G.:** Cualquier cazador que participa en un safari quiere llevarse a casa una parte de la presa a modo de trofeo. En este caso, acercarse a la víctima para arrebatarle una parte de su anatomía que transportar hasta casa, como una oreja, un dedo, cabello... era imposible, porque el cadáver yacía en el suelo, a entre quinientos y ochocientos metros de distancia, y por si fuera poco en medio de la ciudad. Si a los arqueros se les cacheaba antes del viaje para

quitarles cualquier cámara fotográfica [...] ¿cómo hacían para llevarse consigo un trofeo? ¿Cuál era el objeto, la parte anatómica o lo que fuese... que se consideraba un trofeo?

F.: El trofeo era una bala en la que el acompañante indicaba con un color qué objetivo se había alcanzado: azul para los niños o los adolescentes, rosa para las niñas o las adolescentes, rojo para los varones, rojo y verde para los militares, amarillo para las mujeres, amarillo y verde para las militares, negro y azul para los ancianos y negro y rosa para las ancianas. Por lo general, la munición que se empleaba era .308 Winchester, 7,62 × 51 mm OTAN. Munición de guerra. ».

«E. G.: En una respuesta anterior me explicó que de Italia partieron doscientos treinta arqueros. Eso es mucho. ¿Ha tenido noticias de que alguno de ellos se haya arrepentido? ¿De que deseara o desee confesar lo que hizo? Me resulta difícil creer que después de tantos años nadie haya sentido remordimientos por lo que cometió. ¿Le han llegado noticias en este sentido?

F.: No, nunca. Sí, unos doscientos treinta italianos millonarios participaron en aquellos safaris, pero jamás he oído que entre ellos haya alguien que no pueda dormir de noche o que haya pasado por una clínica de salud mental. Lo único que yo veía después de cada cacería eran arqueros superexcitados y sonrientes [...].

E. G.: ¿Alguna vez hubo arqueras mujeres? ¿O parejas de arqueros?

F.: No. Y, por lo que sé, tampoco los demás introdujeron nunca a parejas o a mujeres que quisieran disparar. Solo «machos», o machos alfa, ¿no se dice así? O, entre ellos, machos que estaban locos o se buscaban a sí mismos y pensaban que al actuar de esta manera eran o iban a ser alfa. [...]».

F.: En absoluto. A los occidentales que introducíamos en esa zona las cuestiones religiosas les importaban un carajo, lo único que querían era traspasar un límite y disfrutar de las descargas de adrenalina que aquello les provocaba. Además, les encantaba considerarse “diferentes” por haber matado a alguien en su vida de ricos. En lugar de irse a la cama con cuatro prostitutas de lujo a la vez, puestos hasta arriba de cocaína, y ellas también hasta arriba de cocaína o de metanfetaminas, iban a cargarse niños a Bosnia. Simplemente eso. Hacer el mal, como hacer el bien, suele ser de lo más sencillo, sobre todo si se tiene dinero. No sirve de nada investigar lo que hay dentro de ciertas mentes. [...]».

*«F.: Repito lo que ya le he contado... Yo acompañé a un empresario italiano muy famoso, que todavía hoy sale de vez en cuando en televisión, y en seis horas gastó doscientos ochenta millones de liras solo en los objetivos alcanzados, y a eso hay que sumarle el resto de gastos. Al final la excursión le salió por trescientos cuarenta millones de liras porque, además, tuvimos que sobornar a dos *chetniks* serbios que asomaron de la maleza que teníamos detrás sin que nos diésemos cuenta... O a lo mejor estaban compinchados con nuestro guía serbio. “¡Vaya mierda de gente que seleccionáis!”, eso dije a la agencia, pero solo cuando ya estábamos de vuelta en Milán. Si aquello fue un truco del guía yugoslavo, [...] lo pagarían con sus vidas. [...] los arqueros llevaban encima el equivalente a diez millones de liras en dólares o marcos, por si surgía cualquier contratiempo.».*

«E. G.: Otra fuente periodística me ha mencionado de una manera bastante vaga que hoy en día hay quien paga para ir hasta la primera línea del frente en Ucrania y disparar a los rusos o viceversa. Otra fuente me asegura que sigue existiendo un turismo de guerra, tal vez contra los desesperados que huyen de África.[...]»

F.: No, como ya le dije al principio, es posible. Y, ahora que lo pienso, estoy más seguro de que esto ocurre. La muerte es un negocio, especialmente hoy, en un mundo en el que ya solo se cree en el dinero.

E. G.: La agencia italiana de noticias ANSA informó hace unas semanas de que algunas empresas organizan viajes a la frontera de Gaza, donde los “turistas” pueden asistir “desde cerca” a los combates, ver cómo caen las bombas, cómo las personas saltan por los aires, cómo mueren los niños... [...]».

LA CRIMINÓLOGA MARTINA RADICE

*«[...] la criminóloga Martina Radice, experta en trazar perfiles de criminales, que colabore en este libro elaborando un retrato psicológico y social de los arqueros. [...] Representan la paradoja por excelencia: ese vecino intachable, ese prestigioso profesional que comparte mesa periódicamente con las personas que deberían analizar sus crímenes. Su historia no tiene nada que ver con la de la patología de una mente enferma o con el relato de un fracaso social. Todo lo contrario: es la patología de la ausencia de conciencia, en la que se aplica al homicidio un control emocional absoluto. En ellos, el delito no es el resultado de una pérdida de control, sino la culminación de un acto intencionado y lúcido de poder, que transforma la violencia en mero ocio y la vida humana en una mercancía que se puede intercambiar por placer. [...] Para entender plenamente este tipo de criminal, debemos analizar su estructura psicológica — su incomparable frialdad, su *modus operandi*, su obsesión por el trofeo y, por encima de todo, su evolución a lo largo del tiempo—, ya que su impunidad no debe considerarse nunca un fallo*

del sistema, sino una amenaza continua y activa para toda la sociedad. Lo verdaderamente terrorífico, en realidad, no es el agresor que no tiene nada que perder, sino el que, teniendo todo que perder, emplea su poder para no correr ningún riesgo.».

«El psicópata de élite no es víctima de un delirio. Todo lo contrario: se trata de un individuo con una gran capacidad cognitiva, que comprende perfectamente las normas sociales, legales y éticas y, de manera deliberada, decide ignorarlas en su beneficio. El arquero es el maestro del disimulo. Se presenta como una figura carismática, prestigiosa y digna de confianza, y utiliza su superficialidad emocional no como un déficit, sino como una ventaja competitiva insuperable.».

«[...] Este egocentrismo patológico desemboca directamente en una marcada creencia de omnipotencia [...] Cree tener el derecho intrínseco de establecer sus propias reglas, ejercitar su poder sobre la vida y la muerte y actuar por encima de las masas, a las que percibe como meros figurantes de su obra de teatro particular. Para él, la sociedad no es un conjunto de seres semejantes, sino una jerarquía a la que dominar y explotar.».

«Este mecanismo de impunidad financiera y social es el verdadero puente que conecta el delito de guante blanco y el crimen en serie: la omnipotencia a la que da lugar el poder de la élite se convierte en requisito indispensable y suficiente para convertir el sadismo latente en homicidio. **Así pues, el precio de la psicopatía no es solo la vida de las víctimas directas, sino también la corrosión moral de las instituciones que acogen y protegen a estos depredadores.».**

«El *modus operandi* de los arqueros es la expresión más pura del sadismo hedonista, es decir, de ese homicidio que se comete exclusivamente por el placer extremo que se siente con el acto de dominio sobre la víctima. [...] La “caza” se planifica con la misma precisión que se aplicaría para celebrar un exclusivo evento deportivo. La elección del objetivo no es casual, sino que se calcula para maximizar la sensación de omnipotencia. [...] Desde el punto de vista criminológico, los niños representan la inocencia y el potencial de vida de una sociedad; su eliminación sería la afirmación última del poder de destrucción sobre el futuro. En cuando a las jóvenes atractivas, como símbolo de belleza, fertilidad y juventud, se perciben como el “trofeo biológico”, el de mayor valor. Asesinarlas y profanarlas es algo más que un acto: es la confirmación de que el arquero tiene derecho a poseer y destruir todo aquello que la colectividad desea.».

«Impulsado por un narcisismo patológico y una búsqueda obsesiva de adrenalina pura, combate un aburrimiento existencial que solo consiguen romper los actos de dominio extremo, como el homicidio. Su motivación no es la rabia, sino un hedonismo sádico: el placer intelectual y físico que le confiere tener un poder absoluto sobre la vida de otra persona. [...]».

«[...] Existe un amplio público —constituido por conocidos, familiares, socios empresariales, colaboradores indirectos, *fixers* logísticos y profesionales— que está al tanto, si no ya de los detalles de los homicidios, sí al menos del patrón de actividad anómala, de los flujos de capital que circulan hacia las zonas en conflicto y de la doble vida que llevan los arqueros como depredadores. Hoy, cuando contemplamos lo ocurrido a una distancia de veinticinco o treinta años, todas estas personas no solo se niegan a colaborar, sino que incluso rehúsan pronunciar el nombre del fenómeno, alejándose de él con un inquietante y codificado eufemismo: «No quiero hablar de *aquello*». Esta negación verbal es el símbolo de la distancia moral que media entre ellos y la responsabilidad ética.».



PARA AMPLIAR INFORMACIÓN, CONTACTAR CON:

Laura Fabregat | Responsable de Comunicación Área de Ensayo
682 69 63 61 | lfabregat@planeta.es